

mision y renegando de la doctrina de su Divi-  
no Maestro, abrazaron los principios liberales  
y se colocaron en una peligrosa pendiente, por  
la que con ceguedad se precipitaron hasta caer  
en la herejía.

La historia de todos estos nuevos Judas ha  
sido siempre la misma. Abrazaron, por incli-  
nacion ó por cálculo el liberalismo; publicaron  
abusos que, segun ellos, se cometian en la igle-  
sia, y que solo existian en su imaginacion; y  
rebelándose contra su autoridad, concluyeron  
por rebelarle contra su doctrina, erigiéndose en  
maestros de los maestros y predicando una doc-  
trina ó un estolicismo reformado, en que daban  
cabida á todos los errores abortados por el in-  
fierno. Esta ha sido la historia de todos los  
apóstatas, y esta fué la historia del abate Vi-  
cente Gioberti, á quien el R. P. Hagnat lla-  
ma el "teólogo de la revolucion italiana."

Vicente Gioberti nació en Turin en 1801:  
recibió las órdenes sagradas, estudió Teología  
en la Universidad de su pais natal, llegó á ser  
capellan del rey Carlos Alberto, y el año 1833  
fué desterrado por liberal, retirándose á París,  
y luego á Bélgica.

El abate Gioberti, afiliado desde muy jóven  
al partido liberal, comenzó por publicar varios

folletos y libros contra los Jesuitas, lamentándo-  
se en una de sus obras de que en Italia faese je-  
suita todo el mundo, hasta él mismo. De aquí  
dedujo que era necesario restaurar las creen-  
cias: católicas y reformar el Catolicismo, rejuve-  
neciéndole y despojándole de las antiguallas y  
rancias preocupaciones jesuíticas.

Para dar á conocer hasta qué punto habia lle-  
gado el extravío de Gioberti, bastará decir que  
elogiaba á Mahoma, á Lutero y á Socino, el jefe  
de aquellos nuevos apóstatas, que negaban la  
divinidad de Jesucristo y se llamaban socinia-  
nos, y que hizo la apología del luteranismo, del  
jansenismo, del filosofismo y del josefismo.

Como era natural, el abate Gioberti, durante  
su permanencia en Bruselas, donde se asoció al  
presbítero apóstata y concubinario Gaggia, aban-  
donó por completo el ejercicio de las funciones  
de su sagrado ministerio, dejó de celebrar la  
santa Misa, y hasta se despojó de todos los sig-  
nos de su estado y del traje eclesiástico.

Las obras de Gioberti fueron condenadas por  
un decreto de la Sagrada Congregacion del In-  
dico, dado en 23 de Enero de 1852, al cual no  
se sometió el autor.

En su obra contra los Jesuitas, titulada *El Je-  
suita moderno*, combatió el sacramento de la

Penitencia, y el desgraciado murió repentinamente, sin poder recibir los sacramentos.

Refiriéndose á su muerte, dice José Massari: "Sin enfermedad pasó rápidamente de esta á la otra vida en la noche del 25 al 26 de Octubre de 1852. Ni uno solo de los amigos que tenia en París, tuvo el menor anuncio de una muerte tan repentina (1)."

### XIII.

Félix de La Mennais.

(MURIO AÑO 1854 DE N. S. JESUCRISTO.)

Un gran talento, una soberbia satánica y una voluntad constante solo para el estudio, fueron los elementos que hicieron de La Mennais un

(1) HUGUET: *Terribles châtiments des révolutionnaires* lib. IV, cap. II.—*La Cruz*, revista religiosa, tomo II de 1862, página 446.

profundo sabio, un pensador profundo, y un incorregible epóstata. Semejante á Orígenes y á Tertuliano, La Mennais quiso ser un paladín de la Iglesia contra los que la combatían; pero en su desmedido orgullo quiso también imponerse á la Iglesia, y solo consiguió ser su enemigo.

Félix de La Mennais nació el 29 de Junio de 1782, y fué educado juntamente con su hermano Juan María, por un tío suyo, hombre muy instruido y amante de las ciencias y las letras. Juan María correspondió por su aplicación y su inteligencia á las lecciones de su tío; pero Félix no podía sufrir ni sus lecciones ni sus consejos, y no solo no adelantó, sino que se hizo incrédulo.

Posteriormente, y bajo la dirección de su hermano, volvió á encontrar la fé que habia perdido, y desde entonces absorbieron las ciencias sagradas su devoradora actividad, consagrándose al latín, al griego y al hebreo, á fin de poseer las lenguas de la Iglesia, y al inglés y al alemán para poder refutar á los que la combatían.

En 1807 publicó ya la traducción de un libro ascético de Luis de Blois, titulado *Guide Spirituel*. En este primer escrito se mostró monárquico tan ardiente como despues fué fogoso republicano desarrollando la siguiente máxima

que más tarde dió al olvido: *Toda trabá puesta á la autoridad es un desórden.*

En 1808 dió á luz su obra *Etat de l'Eglise en France*, en que se advertia ya la dureza de las palabras y el vigor de los pensamientos que caracterizaron siempre á La Mennais. Este libro fué recogido por la policía de Bonaparte; por- que contenia algunos pensamientos atrevidos sobre la reeforma del clero en Francia.

Por entónces los amigos de Juan de La Mennais, su hermano faeron tambien sus amigos, y entre ellos el abate Gabriel Bruté, nácia el cual, por su carácter expansivo, su ciencia y su fervor, tenia una inclinacion especial, aunque no le conocia personalmente.]

"Excelente amigo mio, le escribia el 17 de Febrero de 1809: espero con impaciencia el momento en que pueda expresaros de viva voz mi afectuoso agradecimiento por esta amistad tan noble, tan dulce, tan tierna que me profesais sin merecerlo..... ¡Ayl mi querido Bruté, vuestro pobre amigo no es más que miseria. Quando reflexiono sobre mi vida pasada, sobre esta vida llena de crímenes, que la más sigurosa austeridad y la más larga y severa penitencia no bastaria para expiarla, y despues de esto considero mi situacion actual, esta tibieza, esta moli-

de que me enerva y me abate, este amor propio que no se sacrifica sino á medias y que renace sin cesar, se apodera de mí un temor demasiado fundado, y me pregunto si es lícito á un desventurado como yo entrar en el santuario.

Así escribia Félix de La Mennais cuando se disponia para las Ordenes menores, que recibió en la Pascua de 1809.

Esta carta y otros muchos testimonios que pudiéramos transcribir, demuestran que la exuberancia de sensibilidad y de imaginacion que caracterizaban á La Mennais, unidas á aquella piadosa melancolia que se habia apoderado de él, serian peligrosísimas cuando se alejase de su hermano Juan, que contenia los fogosos ímpetus de su genio.

Algunos años despues Juan de La Mennais fue llamado á Saint-Brieuc por el virtuosísimo Prelado el R. Caffarelli, que le nombró su Vicario general, siendo elegido Vicaris capitular á la muerte de aquel santo Obispo.

Esta separacion fué sentida al mismo tiempo por Félix, que conocia su propia debilidad, y por Juan María, que sabia cuánto necesitaba su hermano de una persona que le dirigiera.

En efecto: Félix escribia lo siguiente: "Mi resolución para en adelante es dejarme guiar por

la voluntad de nuestro excelente padre (M. Carron). Únicamente la materia se rebela todavía de cuando en cuando. Ha llegado á apoderarse de mí una especie de aversión á los hombres, y de inclinación irresistible hácia la vida del campo que me arrastra con invencible fuerza á un género de existencia que no debe ser la mía. Pero, con la gracia de Dios, espero veacer esta peligrosa tentacion.

Por otra parte, su hermano Juan estaba tambien inquieto. "Deseo vivamente, escribia el abate Bruté el 11 de Setiembre de 1815, que Teysere (virtuoso sacerdote de San Sulpicio), esté en París cuando valla allá Félix. La yedra no se eleva sino apoyando sus débiles ramas sobre un árbol vigoroso."

Posteriormente, en 1812, publicó la *Tradition de l'Eglise sur l'institution des Evêques*, que destruía por su base los principios galicanos, en que se apoyaban los Obispos opuestos al concordato, y que Napoleon por su parte pensaba adoptar para producir un cisma. La opinion no está conforme sobre la parte que tiene en esta obra cada uno de los dos hermanos La Mannais. "Debe suponerse, dice M. Forques, que Félix lo fué su principal autor." Sin embargo, el mismo Félix de La Mannais escribió una carta en 25 de

Abril de 1815 al abate Bruté, en que le decia. "*La Tradition* es obra mia, habiéndola hecho toda sobre los textos que Juan tenía recogidos."

A la confianza con que vivia entónces Félix de La Mannais, sucedió bien pronto el terror de los Cien dias, y creyendo comprometida su seguridad, se refugió en Inglaterra, donde encontró un asilo en el colegio que el piadoso abate Carron habia fundado en Kensington, cerca de Londres. El restablecimiento del órden en Francia no le ofreció garantías de seguridad, y desde entónces data aquel triste presentimiento del porvenir, que no le abandonó jamás.

"La vieja Europa, escribia al abate Bruté, se disuelve; pero su agonía es larga, terrible, agitada con horribles convulsiones. Yo no espero ni auguro más que desastres; solo un milagro puede salvarnos."

"La duracion de mi permanencia, aquí añadia, depende del partido que tome M. Carron. ¡Qué hombre, mi querido Bruté, ó mejor dicho, qué santo! Ayudado con sus consejos, espero decidirme al fin á cualquier cosa. Ya es tiempo, treinta años perdidos, y peor que perdidos."

El año 1836 en la primera semana de Caresma, Félix fué ordenado de diácono, y quince

días después de prebitero; pero permaneció siempre tan apasionado por el estudio, como prendado de su propia gloria y enamorado del poder de en palabra. El 22 de Febrero de 1818 y al anunciar el abate Bruté el segundo tomo del *Exámen sobre la indiferencia*, lo escribió lo siguiente: "Yo descubriré un nuevo sistema de defensa del Cristianismo contra los incrédulos y los herejes, sumamente sencillo, del cual brotarán pruebas tan fuertes, que, á ménos de renunciar á decir *existo*, será necesario decir *creo*."

En 1817 apareció el primer tomo del *Essai sur l'indifférence*, en el cual abogaba por la causa de la monarquía y del órden, contra la soberanía popular y la anarquía, defendiendo á la Religión y á la Iglesia contra la incredulidad y la herejía.

La Mennais tuvo también sus ribetes de periodista, pues desde 1818 redactó *Le Drapeau blanc*, en 1824 *Le Memorial catholique*, y en 1830 *L'Avenir*.

En 1820 publicó el segundo tomo del *Essai sur l'indifférence*, en el que pretendía reconciliar la Religión con filosofía, fundando la fé católica en la autoridad tradicional del género humano. Este nuevo sistema encontró vivas au-

tipatías en el alto clero, y el autor publicó una defensa de su teoría, y después otros dos volúmenes, encaminados á corroborarla. Terminada esta extensa obra, Félix marchó á Roma á ponerla á los piés del Papa, ó acaso á buscar la recompensa de los servicios que creía había prestado á la Iglesia; pero Leon XII, más bien impresionado por el orgullo que notó en él, que sorprendido por su génio, predijo ya su caída.

En prueba de ello, hó aquí una carta que así lo prueba, y que insertó M. Crétineau-Joly en su obra *L'Eglise romaine en face de la Revolution*. Esta carta, escrita por el cardenal Bernetti, iba dirigida al duque de Laval-Montmorenci, con fecha 30 de Agosto de 1824.

"Tenemos en Roma, dice, al abate La Mennais, y he notado que no correspondís del todo á su gran reputación. Ya sabéis que aquí somos poco entusiastas de la belleza de las formas; nosotros preferimos ver el génio bajo la enérgica actitud de las estatuas antiguas. Por desgracia, el gran escritor no está tallado ni sobre el modelo del Apolo de Belvedere, ni sobre el del Hercules Farnesio. Hay en su fisonomía y en su aspecto un no sé qué que hace daño. Al ver su cuerpo contraído y su semblante macilento, parece como que se siente uno conmovido y hasta

inclinado á darle una limosna. Pero ¡qué talento tan grande bajo esta mozquina apariencial! ¡Relámpagos despiden sus ojos, casi apagados, y parece que una llama repentina los ilumina de tiempo en tiempo!

“Os hable, mi querido príncipe, con el corazón en la mano, como si estuviese delante de vos. En una de las últimas audiencias el Padre Santo me preguntó si había visto al abate La Mennais, y lo que yo pensaba de él. No queriendo yo aventurar mi opinión, y habiendo oído decir que el Papa se mostraba inclinado en su favor, le dí una respuesta evasiva; pero me quedé estupefacto cuando el Padre Santo, con voz tranquila y casi triste, me dijo:—Pues bien, nosotros le habremos juzgado mejor que nadie; pero cuando le recibimos y hablamos nos causó espanto. Desde aquel día tenemos sin cesar delante de nuestros ojos su cara de condenado.

El Padre Santo me decía esto tan formalmente, que no pude menos de sonreirme:—Si, añadió mirándome fijamente; sí, este presbítero tiene cara de condenado, y lleva en su frente el sello de la herejía. Sus amigos de Francia é Italia quisieran para él un capelo; pero este hombre está demasiado poseído del orgullo, y la Santa

Sede tendría que arrepentirse de una merced, si no se considerase más que sus obras presentes. Estudiadle á fondo, investigad los rasgos de su fisonomía, y decidme si no hay en ella una señal visible de la maldición celeste.”

El Papa había adivinado al heresiarca por intuición moral, y el mismo La Mennais lo conoció también, pues se dice que en su último viaje á Roma exclamó, rechinando los dientes, y apoyando convulsivamente sus manos crispadas contra su pecho:—“Yo siento un demonio que me arrastrará algún día á mi perdición.”

A su vuelta á Francia publicó su traducción de la *Imitation de Christ*, y despues *La Religion considerée dans ses rapports avec l'ordre civil y politique*, que en realidad contenía una declaración de guerra contra el galicanismo, que le valió ser procesado por la policía correccional y condenado á 16 francos de multa.

Durante los años de 1827 y 1828, escribió la *Journée du cretien* y *Le Guide du premier age*.

En 1829 apareció su obra *Progrès de la Revolution et de la guerre contre l'Eglise*, obra que, segun el abate Grosse, fué la señal de sus extravíos. M. Robinet, biógrafo panegirista de La Mennais, confiesa que desde aquel momento se adhirió al partido liberal.

La revolucion de Julio estalló, y La Mennais se rodeó entónces de una falange de Jóvenes, tales como el abate Gerbert, el abate Lacordaire, M. de Mortalembert, y en 1830 fué fundado el periódico *L'Avenir* para servir de órgano á los católicos liberales; pero los Prelados de Francia le condenaron, y *L'Avenir* fué suspendido en 1830.

La Mennais se dirigió á Roma para obtener una sancion ó una censura; pero no consiguió una resolucion favorable.

Durante su permanencia en Roma se hizo circular un diluvio de cartas fechadas en el mismo Roma, y segun las cuales habian sido aprobadas por la Santa Sede las doctrinas políticas de *L'Avenir*. Tambien se hizo circular la noticia de que el cardinal Rohan, arzobispo de Besançon, que se encontraba entónces en Roma, y que habia manifestado su reprobacion de los principios de *L'Avenir*, habia querido presentar al Padre Santo á La Mennais y á sus colaboradores. Pero la verdad era que Gregorio XVI les habia hecho saber que seria examinada la Memoria justificativa que se le habia dirigido, y que el Padre Santo veia con disgusto las controversias que habian suscitado y sostenido, provocan-

do la division en el clero francés y esparciendo la alarma ente los católicos.

Despues de un maduro exámen de la Memoria, preparó la Enciclica Mons. Polidori mientras los partidarios de La Mennais cantaban victoria en Bélgica y en Francia.

La Mennais volvia á Francia desde Roma, cuando á su paso por Munich recibió la famosa Enciclica de 15 de Agosto de 1832, en que el Papa condenaba las doctrinas de *L'Avenir*.

Por de pronto, pareció que La Mennais se habia sometido á la Enciclica; pero en 1834 publicó su obra *Les Paroles d'un croyant*, que fué la señal de su defeccion y el germen de su apostasia, y que fué condenada por Gregorio XVI en su Enciclica de 1.º de Julio.

El dia de perdicion que el mismo La Mennais se profetizó al salir de Roma en su primer viaje habia llegado, y aquel demonio que sentia dentro de sí mismo se hizo dueño de alma.

En efecto; La Mennais se propuso enseñar á la Iglesia, y sirviéndose de sus apasionadas imágenes, quiso renovar la ley de Dios, y llevar á la Iglesia en triunfo, mucho más lejos de donde ella se prodona ir, como dice Crétineau Joly.

Los esfuerzos que se hicieron para calmar las efervescencias de su exagerado celo, fueron in-

útiles, porque La Mennais se reveló contra la Iglesia cuando pretendía salvarla, y debilitó al clero proclamando que solo aspiraba á comunicarle su vigor. En su soberbia, como dice el R. Huguet (1), aspiró á ser más grande que la verdad, más grande que la Iglesia, que es su depositaria, más grande que el Papa, que es su representante.

Pero lo sorprendente es que el mismo La Mennais se retrató exactamente en el siguiente notabilísimo párrafo de su obra *La Tradition*:

“Tertuliano, dice, tenía también virtudes, y sin embargo se perdió porque carecía de la más necesaria de todas: la humildad. Ulto con preferencia á Tertuliano, añade, porque existen relaciones singularísimas entre él y el oráculo del jansenismo, M. Arnauld; ambos eran caracteres ardientes, presuntuosos, obstinados; los dos eran hombres de genio; los dos, despues de prestar á la Religión eminentes servicios, se dejaron arrastrar [quién lo creyera de hombres tan grandes] por los ímpetus de una imaginación que lo exageraba todo; porque, exagerando la verdad

(1) HUGUET: *Terribles chatiments des révolutionnaires*

católica, fué como cayó Arnauld en los errores de Calvino. Y sin embargo, no se apercibió de ello, como tampoco se apercibieron Pascal, Nicole, Duguet y tantos otros no menos ilustrados. ¡Oh debilidad de la razón humana, y cómo nos hace sentir Dios cuando quiere, por patentes ejemplos, la necesidad de someternos á una autoridad superior!”

De esta manera se pintaba La Mennais á sí mismo cuando retrataba á Tertuliano y á Arnauld, á quienes tanto se parecía.

Cuando en *Les Paroles d'un croyant* se rebeló contra la Iglesia, se separó también de sus amigos, porque, según decía, no quería asociarlos á su nuevo destino.

Despues de haber exagerado la idea católica, La Mennais llegó á exagerar hasta la idea revolucionaria. Pero La Mennais comenzó á sentir al mismo tiempo el castigo de su apostasía. Su palabra, triste ó irritada, burlona ó desanimada, revelaba sus sufrimientos, y desde entonces ya no quiso ver á sus amigos ni á su hermano, porque su vista hubiera sido para él una acusación muda, pero incesante, de su apostasía, que su orgullo no le permitía sufrir.

De esta manera vivió La Mennais algunos años, dominado por el orgullo y escribiendo más



y más obras, en que se afirmaba en su apostasía. Desde el golpe de Estado del 2 de Diciembre, La Mennais vivió en el retiro donde le tenían encerrado en avanzada edad y la enfermedad que le condujo al sepulcro, hasta que al cabo murió de una manera triste y funesta, pero que correspondió á los últimos años de su vida, según consta de la siguiente relacion, hecha por testigos oculares;

“... El domingo 23 de Febrero de 1854, á las tres de la tarde, el doctor Sallat anunció que La Mennais se hallaba en un estado gravísimo. En seguida Augusto Barbet envió á M. de Caux para que avisara á la sobrina de La Mennais. Cuando entramos en la alcoba del enfermo, su respiracion era muy difícil. Al poco tiempo entró su sobrina, y le dijo:—Félix, ¿quieres un sacerdote? Tú quieres un sacerdote, ¿no es verdad? La Mennais respondió:—No. Su sobrina replicó:—Te lo suplico. Pero él añadió con voz fuerte:—No, no, no; dejadme en paz. Poco despues su sobrina volvió á acercarse á su lecho y le dijo:—¿No necesitas nada? Y La Mennais contestó con disgusto:—No necesito nada; dejadme en paz.... Cuando llegó la señora de Grandville se acercó á su lecho, y le dijo:—Yo soy Antonieta; ¿me reconocéis? A lo que

contestó La Mennais:—Perfectamente; celebro mucho veros....; pero tengo que hacer con mis amigos. La Mennais se sentia morir, y dijo á uno de nosotros:—Esto será para esta noche ó la próxima.

“A las cinco ménos cuarto de la tarde, La Mennais hizo llamar á Emilio Forgues; le habló de la publicacion de sus obras; le dijo que en sus testamentos y codicilos le daba este encargo, y añadió:—Tened firmeza; se tratará de cohibiros, pero publicado todo, sin cambiar ni alterar nada. Forgues le contestó:—Vuestra voluntad se cumplirá en todo, sin que se altere ni un punto ni una coma; os lo juro.

“El dia siguiente, lunes 27 de Febrero, falleció á las nueve y treinta y tres minutos de la mañana. Hasta sus últimos momentos conservó toda en fuerza y el uso perfecto de sus facultades intelectuales.”

Murió, según sus deseos, sin sacerdote y sin Sacramentos, dejando escritas las siguientes instrucciones para sus testamentarios.

“Quiero ser enterrado entre los pobres y como lo son los pobres. Sobre mi sepultura no se pondrá losa ni nada.

“Mi cuerpo será conducido directamente al

cementerio, sin presentarlo en ninguna iglesia. No se repartirán esquelas de convite. Mi muerte se anunciará únicamente á Béranget, De Vitrolles, Emilio Forgues, J. d'Ortignes, Montanelli, y á la señora viuda Elisa de Kertanguy.

"Prohibo terminantemente que se selle mi casa.

"París, 16 de Enero de 1854.—*F. La Mennais.*"

Su cadáver fué acompañado al cementerio por algunos amigos suyos. Cuando despues de enterrado preguntó el sepulturero si se le ponía una cruz, respondió Barbet:—No.

Como si la soberbia de La Mennais viviera en su cadáver, no quiso sufrir sobre su cuerpo, ni el peso de una losa, ni siquiera el de una cruz.

La Mennais demostró en su vida y en su muerte que la ciencia y el talento se pierden para siempre quando se separan de la luz de la verdad y del faro de la Iglesia, que á todos debe guiar en su camino.

La Mennais no quiso tampoco que se pusiera nada sobre su sepulcro; pero bien podrian escribirse sobre él, y como epitafio, las siguientes palabras, que el mismo colocó al frente de una de sus obras:

*Impius*

*Cum in profundum venerit....*

*Contemnit (1).*

## XV.

Sixto Camara, socialista.

(MURIO AÑO 1859 DEN. S. JESUCRISTO.)

Nació de una familia modesta en Milagros (Rioja), año de 1825; vino á Madrid á hacer fortuna; se afilió en los partidos más avanzados y formó parte de la redaccion de *La Tarántula*, *El Nuevo Espectador*, *La Atraccion* y *La Organización del Trabajo*. Tambien contribuyó á la propogacion de las teorías socialistas más disolventes, y tomó parte como tribuno y como sol-

(1) *Proverbios*, cap. XVIII, vers. 3.

dado en las sofocadas insurrecciones de Madrid de 26 de Marzo y 7 de Mayo de 1848, que tanta sangre costaron.

Despues escribió *La Guia de la Juventud y La Cuestion Social*. En la Academia de la Emulacion propegaba las mismas ideas, así como en los periódicos *La Reforma Económica*, *El Eco de la Juventud*, *La Asociacion*, y *La Tribuna del Pueblo*.

En 1854 Sixto Cámara se batió tambien en las calles de Madrid, y fué uno de los principales promovedores de aquella lucha sostenida por el pueblo contra el ejército durante tres dias, y que al fin fue sofocada á costa de mucha sangre. Posteriormente dirigió *La Soberanía Nacional*, periódico republicano puro, y en Julio de 1856 capitaneó á los paisanos que sostuvieron contra el ejército una lucha sangrenta en la plaza de Santo Domingo en Madrid.

De Madrid marchó disfrazado á Andalucía, y en 12 de Noviembre promovió otra colision en Málaga. De allí huyó á Gibraltar, y luego á Lisboa, donde publicó su obra *La Union Ibérica*. En 1859 recibió autorizacion para volver á España; pero esta autorizacion fué revocada, y al penetrar en su patria, y sabiendo que la policía le seguía, huyó nuevamente y á campo

travieso en busca de la frontera, bajo un sol de fuego, (hasta que el cansancio y el calor le abatió, y espiró en medio de un campo de trigo, cerca de Olivenza,

## XV.

Enrique Heine.

(MURIO AÑO 1856 DE N. S. JESUCRISTO.)

La época de Luis Felipe, como era natural, fué muy fecundo en políticos y filósofos anticatólicos, de los llamados *espritus fuertes*

Entre todos ellos figuró Enrique Heine, nuevo Voltaire nacido en Alemania de padres judíos.

Heine no profesó jamás ninguna religion, y se mostró siempre enemigo del Cristianismo, imprimiendo á todos sus escritos un tono tan burlesco como impío.

Demagogo intransigente, se hizo escritor pú-

blico en Munich, sosteniendo una encarnizada guerra contra todas las instituciones sociales.

En su entusiasmo revolucionario profesa la gran admiración á Napoleon I. "La revolucion de 1793, decís, no es más que un idilio, comparada con la que haremos en Alemania."

Heine saludó con júbilo la revolucion francesa de 1830, y se estableció en París, desde donde enviaba sus artículos á la *Gaceta de Augsburgo*. Al mismo tiempo escribía tambien en la *Revue des Deux Mondes*.

Sus obras en prosa, que no tienen mérito alguno, no son sino una condenacion cínica y continuada de todas las grandezas de Alemania y de sus grandes hombres. No es extraño, por consiguiente, que la Dieta de Francfort las proscribiese. Sin embargo, un redactor del *Moniteur*, M. Gautier se atrevió á hacer un elogio de semejante escritor; pero ha sido victoriosamente refutado por el eminente Luis Venillot.

La muerte del impío Heine correspondió en todo á su vida, pues no solo persistió en su odio á la verdadera doctrina, sino que su triste fin lleva impreso el sello de las divinas venganzas.

Hé aqui cómo refiere el mismo Luis Venillot, en su obra *Les Odeurs de Paris*, la muerte de este desgraciado:

"Cuando cesó en Heine la espléndida embriaguez intelectual que él mismo describió; y en que habia estado sumido hasta la edad de cuarenta y ocho años, el regocijo acabó y le dejó en una postracion corporal precursora de la muerte; paralítico, ciego, casi sin aliento, y medio envuelto en su mortaja. En esta situacion, y sin poder abandonar el lecho, permaneció ocho años. Su inteligencia era lo único que conservaba en todo su vigor, pero más embriagada que nunca; y más encadenada por el sofisma y por el orgullo que lo estaba su cuerpo por la enfermedad. En este estado escribió, ó mejor dicho, dictó, todavía algunos de sus poemas y sus blasfemias más abomizables.

"En su pensamiento se percibia al mismo tiempo la vida y el delirio. Sin perder jamás las cualidades materiales, por decirlo así, de su inteligencia siempre dócil, lucida, galana, penetrante, llena de fuego, parecia haber perdido la facultad de gobernarla. Este instrumento admirable no es más que un juguete peligroso en manos de un niño travieso ó irritado, que todo o quiere romper, y que se lastima á sí mismo.

"Entre tanto no habia en él más que arrebatos de cólera, sarcasmos y desesperacion, una desesperacion vil y furiosa de no poder recibir

las groseras embriagueces de la vida. Se burlaba de toda idea, de todo culto, de toda creencia, y hasta de toda gloria. Aborrecía, quiere gozar, y muere.

“Ignoro si existe en la historia de las letras un episodio que sobrepase al horror del espectáculo que ofreció este desgraciado. Dios, afligiendo durante ocho años la carne y los huesos de aquel desventurado, le tuvo suspendido sobre el abismo, conservándole la plenitud de su inteligencia para salvarle. El dolor le arrancó rugidos y blasfemias, pero ni una palabra de arrepentimiento, ni una súplica de clemencia; su extraviada inteligencia no recibió de lo alto un solo rayo de luz; antes al contrario, impregnada de los vapores que suben del abismo, se revolvió con rabia contra Dios, que le ofrecía la vida y le daba tiempo para recibirla. Heine se movió hasta en el ataúd; hasta en el ataúd echó de menos los placeres de la lujuria y de la gula; hasta en el ataúd soñó la gloria literaria afectando desdeñarla, y desde entonces, y desde el fondo de su ataúd vió todavía á sus amigos de Francia y Alemania que aplaudían maravillados sus sercasas, hasta que al fin espiró.

Heine murió en París el año 1856.”

## XVI.

Camilo Benso, conde de Cavour, ministro de Víctor Manuel II, rey del Piamonte.

(MURIO AÑO 1861 DE N. S. JESUCRISTO)

La revolución italiana, que, animada por su espíritu propagandista, é impulsada por su odio á la Iglesia y á los soberanos que conservaban en Italia las tradiciones católicas, había decretado la destrucción de sus tronos seculares, para establecer sobre sus ruinas la unidad italiana, solo necesitaba un hombre que por su actividad, astucia y maquiavélica política llevara á cabo aquella empresa, hoy terminada á fuerza de traiciones, deslealtades y crímenes.

Este hombre fué Camilo Benso, conde de Cavour, que nació el año 1810, de una noble y antigua familia del Piamonte. En su juventud fué

paje del rey Carlos Félix, y despues entró en la Escuela militar, de donde salió á los diez y ocho años con el grado de teniente de ingenieros. En 1831 abandonó la carrera militar, y visitó á Francia é Inglaterra, volviendo á su patria más contaminado con el liberalismo, cuyos errores habja profesado siempre.

El año 1847 fundó, en union del conde Balbo, el periódico *Il Risorgimento*, y al poco tiempo fué elegido diputado, siendo ésta la primera vez que se presentaba en la escena política.

Despues de la derrota de Novara, llegó á ser el jefe del centro derecho de la Cámara, y luego ministro y jefe del gabinete, influyendo como tal para que se votaran varias leyes hostiles á la Iglesia. Durante la guerra de Crimea, inclinó el ánimo del Rey y de las Cámaras para que Cerdeña tomase parte en aquella lucha contra Rusia, y á consecuencia de esta alianza fue admitido al Congreso de París de 1856, donde suscitó la cuestion italiana bajo el punto de vista de sus planes ambiciosos.

Despues de la paz de Villafranca, abandonó Cavour la direccion de los negocios, pero al poco tiempo volvió á subir al poder. Estónces fué cuando dejó á Garibaldi organizar la invasion

de la isla de Sicilia, ayudándole secretamente para derrocar el trono de Nápoles en 1860.

El mismo año, y tambien por órden suya, el ejército sardo invadió los Estados Pontificios, sin que precediera declaracion de guerra, y con escarnio del derecho de gentes.

El conde de Cavour fué tambien el director é inspirador de aquella abominable política que puso al rey de Cerdeña en posesion de la mayor parte de los Estados Pontificios y de los ducados de Parma y de Módena, del gran ducado de Toscana y del reino de las Dos Sicilias.

En la imposibilidad de reseñar todos sus actos y todo cuanto hizo este funesto hombre político en pró de la causa de la Revolucion, á la que prestó tantos servicios, nos limitaremos á trascribir el juicio que formó de él un célebre publicista italiano.

“Cavour fué el hombre de Estado más aplaudido, más lisonjeado y más adulado en su carrera.

“Ante él se postraron humildes varios ministros y soberanos extranjeros.

“A él es á quien debe la Revolucion los triunfos y los laureles de que se muestra más orgullosa; pero tambien á él es á quien debe Italia sus mayores desgracias.

"Cavour fué el que sedujo al pueblo, corrompió la prensa y colmó de recompensas á hombres faltos de mérito, que fueron sus cómplices en el plan de dividir la Italia para fundirla en una sola. Cavour fué quien declaró á Roma capital de Italia; Cavour quien apoyó á los revolucionarios de Parma, de Módena, de Toscana, de Nápoles y de Sicilia; Cavour quien organizó la invasión de las Marcas y la Umbría. Bajo el ministerio de Cavour, la Iglesia no disfrutó de paz; el clero fué perseguido; la honradez convertida en burla; los juramentos más sagrados fueron violados, y hasta se afligió el corazón del Soberano Pontífice de la manera más brutal.

"Cavour había llegado al apogeo de la gloria. Monumentos, medallas, inscripciones debían eternizarle en el porvenir, y ya se preparaba á penetrar en la Ciudad de los Papas para enarbolar sobre las siete colinas la bandera tricolor italiana.

"Pero Dios había contado sus pasos, le había permitido recorrer en triunfo la Italia, y le dejaba ver abiertas las puertas de Roma.

"De repente su inteligencia se turba; su mano, que había escrito tantas notas y protocolos, tiembla. Un monje yo no sé como recibe su último suspiro, y las campanas, con sus fúnebres

tañidos, anuncian que el alma del conde Cavour acababa de presentarse ante el tribunal de Dios."

Cavour dijo en una de las sesiones del Parlamento de Turin, celebrada en Octubre de 1860: "Dentro de pocos meses estaremos en la Ciudad Eterno, y habrá concluido el poder temporal del Papa."

A los siete meses de pronunciar estas palabras el Papa continuaba en Roma, y Cavour, en el momento de hallarse fumando un cigarro despusde comer, fué herido de improviso de una enfermedad, de la que murió á los pocos dias.

En la muerte de este gran perseguidor de la Iglesia y del Papa ocurrieron otras casualidades.

La imagen de María Santísima fué fusilada en el Piemonte por los soldados del Rey de quien era ministro Cavour, y Cavour cayó enfermo de muerte al aspirar el mes de María.

La municipalidad de Turin, apoyada por Cavour, rehusó tomar parte en la solemnidad del *Corpus Christi*, y Cavour murió la víspera del *Corpus*.

La ciudad de Turin erigió á este funesto hombre de Estado una estatua; pero el Rmo. Sr. Arzobispo de Santiago de Chile, en circular de 6 de Agosto de 1861, y otros señores Prelados, prohibieron que en los templos de sus diócesis

se celebraran los funerales del que ha sido en nuestra época uno de los más encarnizados perseguidores de la Iglesia y del Papa (1).

## VII.

Miguel Caputo, obispo de Ariano.

(MURIO AÑO 1862 DE N. S. JESUCRISTO.)

El único Prelado italiano que hizo traición á la Iglesia, echándose en brazos de la revolución italiana, que tantas amarguras ha causado y causa todavía al inmortal Pío IX, fué Mons. Miguel Caputo, obispo de Ariano, en el reino de Nápoles.

(1) HUGUET: *Terribles chatiments des revolutionnaires*, lib. IV, cap. II.—*La Cruz*, revista religiosa, tomo pe 1867, pág. 570, y II de 1861, páginas 46 y 213.

Caputo era dominico y estaba considerado como uno de los más entusiastas legitimistas de su tiempo.

En 1860, despues de la entrada de Garibaldi, estalló en Ariano una reaccion violenta, y el Obispo, acusado de haber sido en ella el principal autor, se dirigió á Nápoles para justificar su conducta. Allí vió al general revolucionario, y habiendo tenido la fortuna ó la desgracia de agradarle, fué nombrado Capellan mayor. Bajo el antiguo régimen, el Capellan mayor era el gran Limosnero del Rey, y el superior del clero de Palacio y el catrense, y su jurisdiccion se extendia á los Palacios reales, á las fortificaciones, arsenales y dependencias militares.

Algunos meses despues, los periódicos de Nápoles *El Monitor* y *El Nacional* publicaron una carta dirigida al obispo de Ariano por Ricaoli ministro de Víctor Manuel, en la cual le tributaba los mayores elogios y se felicitaba por la cooperacion que prestaba á la causa de la revolución.

Colocado Caputo en tan peligrosa pendiente, estaba llamado á ser nombrado arzobispo de Milan por el rey Víctor Manuel, y á consagrar al abate Passaglia, á quien se queria hacer arzobispo de Turin, en union del cual debía echar



los cimientos del cisma estableciendo la Iglesia nacional con independencia de la Santa Sede. "Ya sabeis, escribian de Roma al *Diario de Bruselas*, que hay en el Piemonte gentes que tratan de suscitar un cisma con Roma y de establecer una Iglesia nacional. Con este fin se han hecho proposiciones á un gran número de eclesiásticos, algunos de los cuales han prometido su concurso para hacer esta abominable tentativa. Un personaje de la Corte romana me asegura que uno de los que han ofrecido su cooperación es el obispo de Ariano, á quien se ha ofrecido el arzobispado de Milan, con la condicion de consagrar algunos obispos, y entre ellos al abate Passaglia, al que se queria nombrar arzobispo de Milan."

El periódico *La Armonia* publicó en su número de 22 de Setiembre de 1861 el monitorio que la Sagrada Congregacion del Concilio habia dirigido al obispo de Ariano, con fecha 28 de Febrero del mismo año, donde se le recordaban las penas y censuras en que habia incurrido, se enumeraban sus actos, y se decia que habia tenido la temeridad de aplaudir las tentativas de sublevarcion y usurpacion para formar la *unidad italiana*, y por consiguiente de despojar indirectamente al Soberano Pontífice del resto de los

dominios temporales que aún conservaba, y que habia incurrido, por tanto, en la excomunion fulminada por el Concilio de Trento, por la Bula *In Cena Domini*, y por el Sumo Pontífice reinante, en su Breve del 26 de Marzo 1860, contra todos los que *per se, seu per alios, directis vel indirecte* usurpasen los bienes de la Iglesia, *nec non ADHERENTES, FACTORES et DEFENSORES eorum, seu illis auxilium, CONSILIUM vel FAVOREM quomodolibet prestantes*. En este monitorio se añadia que, ya por residir fuera de su diócesis, prolongando su falta de residencia más allá de los límites fijados por los sagrados cánones, ya por no haber presentado á la Sagrada Congregacion el informe sobre el estado de su diócesis de Ariano y no haber hecho su visita *ad sacra limina*, Mons Caputo habia incurrido, segun la Bula de Sixto V, en la suspension *ipso facto ab ingressu Ecclesie, ac etiam ad ministracione, tam spirituum quam temporalium nec non á perceptione fructuum suarum Ecclesiarum . . . . . donec á contumacia respicientes relaxationem suspensionis ejusmodi á Sede prelicita meruerint obtinere*.

El monitorio terminaba así: "En nombre de la Sagrada Congregacion, y despues de haber oido la resolucion pontificia intimo y mando hoy

á S. Illma., abandono desde luego el cargo de Capellan mayor, se abstenga de ejercer toda clase de funciones, bajo cualquier pretexto, vuelva sin tardanza á su diócesis de Arion, ó venga á Roma, y repare como debe el gran escándalo á que ha dado lugar, reconociendo las numerosas faltas que ha cometido, y acudiendo á la Santa Sede para someterse á sus resoluciones.

En vez de hacerlo así, el Prelado permaneció sordo á la voz del Jefe de la Iglesia y al grito de su conciencia, continuando endurecido hasta el fin de su vida en el pecado y en la impenitencia.

Es más; hasta se decía que aquel desventurado Obispo deseaba cantar en la basilica del Vaticano un *Te Deum* para celebrar el destronamiento del Papa como Rey.

Este hombre desgraciado decía también á varios personajes el día 6 de Setiembre de 1861: "Pasado mañana rogaré á la Virgen en el santuario de *Pis de Grotta* que haga desistir al Soberano Pontífice de su obstinacion, y espero que EL AÑO QUE VIENE EN ESTE MISMO DIA *podré darle las gracias en Roma al mismo tiempo que al Rey.*"

En este mismo día y al año siguiente Caputo

murió impenitente y de un tumor ó carbancio que padeció en el cuello.

Habiéndose llamado al cura de su parroquia para que le administrase los Sacramentos, fué á toda prisa y se encontró al enfermo rodeado de sacerdotes de la asociacion clérigo-liberal. Le pidió una retractacion preventiva, segun las leyes canónicas; pero sea que Mons. Caputo no quiso hacerla ó que los sacerdotes que estaban á su lado, como demonios tentadores se lo impidiesen, lo cierto es que la retractacion le fué negada. El párroco se retiraba lleno de tristeza; pero habiendo encontrado al rector de la iglesia de Santa Brígida, conocido como intruso, esperó, y al verle salir le preguntó: "¿En virtud de qué poder le habeis dado la absolucion, sin exigir una retractacion de sus notorios errores?" El rector le contestó: "En virtud de los poderes que tenia recibidos de este Prelado.

El digno y valeroso P. Borghi se dirigió también á la casa de Caputo con el fin de salvar su alma, pero tampoco consiguió nada. Al salir de la habitacion donde el enfermo estaba á puntos de espirar, se volvió hácia los sacerdotes liberales que se hallaban en la antecámara, y con voz de trueno les dijo: "Dios os libre de morir como Caputo!"

Parece que el superior de los dominicos acudió también lleno de cristiana caridad al lecho del moribundo, y hasta se dice que apenas había abierto la boca para hablar de retractación, fué cogido por el alzacuello y echado violentamente de la habitación del enfermo.

No fueron más afortunados otros muchos sacerdotes que se presentaron con el mismo fin, y entre ellos el celeste Mons. Tipaldi, vicario general de la diócesis de Nápoles.

Así murió aquel Prelado apóstata, que al ser aconsejado por varios de sus antiguos amigos para que hiciera una retractación pública de sus errores, contestó: "El brazo de Dios está demasiado alto para que baje hasta mí (1)."

(1) ED. TERWEGEREN: *Collection des préavis historiques*, entrega 414, pág. 440.

## XVIII.

Santos Guardiola, presidente de la república de Honduras.

(MURIO AÑO 1862 DE N. S. JESUCRISTO)

En otras repúblicas del Nuevo Mundo que, separándose de la rectitud y justicia con que se gobiernan las de Costa Rica, Guatemala y Ecuador, han abrazado los principios liberales, se señalaba por sus agitaciones y por la barbarie de su presidente y de su gobierno la república de Honduras. Víctima este territorio de las revoluciones que le han agitado por tantos años, había llegado al colmo de su desgracia, viendo enaltecido al cargo de presidente á un hombre sin talento, sin instrucción, sin virtudes ni patriotismo, autor de toda clase de excesos, esclavo de todos los vicios, y tirano perseguidor de la Iglesia, azote de sus ministros, expoliador de los templos, y conculcador del dogma, de la moral y de la disciplina del Catolicismo. La historia de

su gobierno y administración es la historia de las mayores injusticias y crímenes políticos y religiosos, y apenas podrá encontrarse en los fastos de las desgracias que afligen al Nuevo Mundo un hombre que en ménos tiempo haya hecho más daño á la sociedad y á la Iglesia.

El Caligala de Honduras llegó al colmo de la iniquidad dictando un decreto de proscripción contra todo el clero, que se llevó á cabo con tan tiránica actividad, que en pocos días no quedó en todo el territorio de la república ni un solo sacerdote.

El 11 de Enero de 1862 estalló en la capital de la república una revolución, que se estaba fraguando hacia tiempo, y que se había manifestado ya en varios puntos del Estado.

El movimiento de los descontentos comenzó en Camayagua, y la primera víctima fué el presidente D. Santos Guardiola, que fué asesinado á trición en la puerta de su misma casa, por un oficial de la guarnición. El tirano que oprime á un pueblo y persigue á la Iglesia, atrae siempre sobre sí la cólera divina y las iras del pueblo, que acaba por devorarle (1).

(1) *La Cruz*, revista religiosa, tomo I de 1862, página 334.

## XIX.

Othon I, rey de Grecia.<sup>1</sup>

(AÑO 1862 DE N. S. JESUCRISTO)

La suprema ley de la razon política impulsó á las grandes potencias de Europa á constituir un nuevo trono en Grecia, la antigua esclava de Turquía, en el que colocaron á un príncipe de hávaro, que se llamó Othon I.

La ley política y la ambicion por ocupar aquel trono, impulsaron tambien al príncipe Othon á abjurar el Catolicismo, con menosprecio de la santa ley de Dios.

El Monarca que bajo estos auspicios subía al trono, y que estaba supeditado á la influencia de una esposa protestante, ni podia reinar como

católico, ni conservar su trono, ni caer de él con gloria.

Así sucedió: el rey Othon manchó su reinado combatiendo á las Hermanas de la Caridad, y siendo uno de los primeros Soberanos que reconocieron el robo sacrilego de los Estados de la Iglesia.

Othon I, como era de esperar, cayó á poco tiempo, y tuvo que buscar en la fuga la salvacion de su vida y la de su familia.

*El Levante*, periódico de Bruselas, y nada sospechoso para los revolucionarios, refiere en los siguientes términos el destronamiento de Othon I.

“De todas las desapariciones monárquicas cuyo catálogo ha registrado la historia contemporánea, la caída del rey Othon es la más vergonzosa y la ménos digna de compasion. No tuvo ni la triste satisfaccion de ver que algunos de sus partidarios intentaran en honor suyo la menor resistencia. Ha salido de sus Estados, no como soberano vencido, sino despedido como un servidor infiel.

## XX.

Luis Carlos Farini, ministro de Victor Manuel II, rey del Piamonte.

(MURIO AÑO 1866 DE N. S. JESUCRISTO.)

Hé aquí otro de los hombres que han prestado más servicios á la revolucion italiana. Al grito de *¡Roma ó muerte!* dirigió sus ataques principalmente contra la Iglesia, contra el poder temporal de los Papas y contra la persona del inmortal Pio IX. Luis Carlos Farini nació en Russi (Estados de la Iglesia) el 22 de Octubre de 1822.

Antes de consagrarse á la política estudió medicina en Bolonia. Siendo aún muy joven, fué afiliado por un pariente suyo en las sectas revolucionarias, y tomó una parte tan activa en los movimientos políticos de 1841 al 43, que la policia pontificia se vió obligada á desterrarle.